

RAFAEL TARRADAS BULTÓ

EL

HIJO DEL
REICH



ESPASA

RAFAEL TARRADAS BULTÓ
EL HIJO DEL REICH



© Rafael Tarradas Bultó, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Imagen de las guardas: © Hi_History / Alamy / ACI

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-670-7444-4
Depósito legal: B. 11.794-2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Impresión: Rotoprint

Impreso en España-*Printed in Spain*

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.



Londres, 1939

Creía haberlos despistado en la estación, pero ya no estaba tan segura. No podían cogerla, no podían cogerlo. Sobre todo a él. Incluso si aquella huida no hubiera sido de la muerte, cosa que tenía muy clara, a veces era peor no tener futuro que morir. El niño carecía de toda culpa. Tenía cinco años y hablaba poco, quizá consciente del peso que a su temprana edad llevaba sobre los hombros. Había estado escondido desde su nacimiento. Ella también llevaba años medio escondida. Había creído que nadie la recordaría, que todos habrían olvidado a la criada de Agnes Strasse 16, pero estaba claro que se había equivocado. Su madre le había dicho que su belleza le traería problemas, y así había sido.

No tendría que estar en aquella situación. Ni siquiera era inglesa, qué demonios. Tan solo era una pobre española de la provincia de Ávila que había aceptado ilusionada la oferta de trabajo de los Headland, unos ingleses que habían ido a cazar a la finca donde ella trabajaba y vivía desde niña. Cuando los vio, tan distinguidos, se esmeró más que con ningún otro huésped en atenderlos con maestría. La oferta para ir a trabajar a Londres llegó a los pocos días como una agradable sorpresa. No se lo pensó: escaparía de un lugar que adoraba, pero donde sentía que su vida se constreñía entre hectáreas de caza mayor, cultivos infinitos y poquísimas personas. Escaparía de un mundo diminuto en el que se había educado bien y había aprendido a leer, escribir y hablar inglés, algo realmente inusual pero necesario en aquella casa, donde la señora, una inglesa casada con el español que poseía todo aquello, había

impuesto su idioma a todos. Así, como si la vida lo tuviera todo planeado, ella, que en realidad se llamaba Margarita, ya de muy pequeña se acostumbró a que la llamaran Daisy, la traducción de su nombre al inglés. Llevaba seis años viviendo en Londres y solo entonces empezaba a pensar que no había tomado una buena decisión: había esquivado la guerra en España, pero ya era imposible que evitara la que acababa de empezar en Europa.

El tren avanzaba entre la oscuridad, firme y seguro, con un traqueteo monótono y potente, adentrándose más y más en el campo, alejándose de Londres, cargado de niños con mochilas y abrigos con etiquetas que los identificaban. Algunos lloraban, otros miraban por las ventanas. Muchos de ellos nunca habían salido de la ciudad y ninguno sabía cuándo volverían. Nadie sabía nada con certeza en aquellos días.

Las despedidas se habían sucedido durante semanas en todas las estaciones del país. Los niños eran evacuados de las grandes ciudades. No solo de Londres, también de Manchester, Birmingham, Liverpool, Edimburgo... Si los adultos iban a morir bajo las bombas alemanas, por lo menos intentarían antes salvar a sus hijos. Exactamente igual que Daisy, aunque la amenaza que se cernía sobre ella no era una bomba, sino unas personas, y su hijo tampoco era uno más. Ni para ella ni para los alemanes.

Había una encargada por cada cincuenta niños, así que en aquel tren los infantes estaban en franca mayoría. Eso la ayudaba. Quizá, si lo hubiera dejado solo, nadie lo habría reconocido, pero no podía correr ese riesgo, pese a que de su mano era más reconocible. Sabía que los alemanes eran tenaces, pero su motivación tenía que ser forzosamente mayor a la de sus enemigos. Aquel niño era lo único que tenía.

Se metió en un compartimento que le pareció más tranquilo, tal vez porque los niños eran más pequeños y ya estaban cansados. Eran casi las nueve. Apartó a dos e hizo un hueco entre ambos para colocar a Pat. Enseguida su hijo se quedó dormido. Ella miró por la ventana. La noche oscurecía el paisaje inglés, pero la luna iluminaba lo que el hombre intentaba esconder: campos y más campos, granjas, puentes sobre ríos serenos y abundantes. De vez en cuando la silueta de alguna gran casa de campo se dibujaba en

el horizonte. Pararon en pocas estaciones hasta que Londres quedó lejos. Entonces, cada cierto tiempo, un grupo de niños se apeó en alguna de las minúsculas poblaciones y acudió a su refugio. Grandes casas, instalaciones de todo tipo, ayuntamientos... Cualquiera edificio apartado del epicentro de los bombardeos que tuviera suficiente espacio podía servir.

Había cogido el primer tren, porque era el primero que la alejaba de quienes la perseguían. No sabía dónde apearse, tan solo quería escapar.

No tenía sueño. Tampoco podía tenerlo. Debía estar alerta. Acarició la cara de Pat, metió la mano entre los rizos de su cabellera y después se levantó para asomarse al pasillo. Estaba totalmente ocupado por niños. Algunos seguían despiertos, cantando, riendo y también llorando; los más se adormilaban apoyados donde o en quien podían. Por suerte, el espacio estaba tan poblado que era difícil que se movieran de un lado a otro. Las encargadas los sorteaban con dificultad, intentando no pisarlos. Los pocos adultos que se habían visto obligados a coger aquel transporte sin estar involucrados en la evacuación de los niños nunca habían realizado un viaje tan incómodo.

Frente a la puerta de su compartimento, tres niños dormían profundamente dándose calor unos a otros. Colocada a sus pies, cada uno llevaba una pequeña maleta, con una etiqueta igual a la que cada pequeño llevaba prendida en su abrigo para identificarla como suya. Daisy sabía lo que contenían. Algo de ropa, quizá una foto, y la máscara de gas que todos sabían ya cómo colocarse. Malditas guerras.

El tren aminoró la marcha y, como había hecho en las paradas anteriores, Daisy miró por la ventana para comprobar el nombre de la pequeña estación a la que estaban llegando: «Highpond», creyó leer bajo una luz mortecina, velada por la niebla y la oscuridad. El convoy se detuvo y poco después oyó cómo los monitores se afanaban por hacer descender de los vagones al grupo de niños que se refugiaría en aquella zona. Los vio bajar y colocarse en filas, y a los adultos al cargo pasar lista revisando las etiquetas que identificaban a cada niño. Eran casi las doce, y Daisy sonrió al ver cómo los pequeños se movían adormilados. Algunos parecían capaces

de dormirse de pie. El tren aumentó su rugido poco a poco, preparado para reemprender el viaje, y el jefe de la estación ya había ordenado la salida cuando dos hombres vestidos de oscuro, con largos abrigos de cuero, salieron del edificio de la estación y, cruzando el andén rápidamente, se subieron al último vagón. No los había visto antes, pero eran inconfundibles, igual que los que la habían seguido por Londres, igual que los que estaban determinados a quitarle lo único que tenía.

Con el corazón a punto de salirse del pecho, se asomó al pasillo del vagón justo en el momento en que un revisor pasaba por delante de su compartimento. Lo paró.

—¿Falta mucho para la siguiente estación? —preguntó temiendo la respuesta.

El hombre se sacó un reloj de bolsillo del chaleco y lo acercó a sus ojos.

—Dieciséis minutos hasta High Glenmore. Luego una hora y veintidós hasta Moreton.

Daisy sonrió levemente. Tenía una oportunidad. Se bajaría en High Glenmore, fuera lo que fuera que hubiera allí. Tan solo tenía que hacerlo sin ser vista. Cogió a Pat en brazos y salió de su compartimento para ir hacia la cabeza del tren, el lugar más distante del vagón que en aquellos momentos estarían revisando los hombres de los que estaba decidida a escapar. Le alivió un poco pensar que el mismo trabajo que le estaba costando a ella avanzar por el pasillo aún repleto de gente lo estarían sufriendo sus enemigos. Revisar un espacio como aquel, de noche, con la gente adormilada y escondida bajo bufandas y mantas, no era fácil. La situación los había vuelto a todos grises, y el gris era un color adecuado para camuflarse. Lamentablemente, parecía que no había previsto que nadie se apease en High Glenmore, así que ninguna masa de gente disimularía su huida. Esperó unos minutos hasta que la luz de la estación apareció al final de la vía. El tren aminoraba la marcha una vez más para acercarse poco a poco a la parada. Tan solo tres personas esperaban para subir, y había otro tren en la vía paralela presto a partir en dirección opuesta, previsiblemente hacia Londres. Perfecto.

Esperó a que los que aguardaban en el andén subieran al tren. Luego, a que el jefe de estación indicara que podían reanudar la

marcha. Antes de que lo hicieran, saltó del vagón con su hijo. En el andén, frente a los vagones de cola, uno de los hombres que la perseguían había bajado y estaba a punto de volver subirse. La vio. Estaba a casi cien metros, pero la reconoció y echó a correr hacia ella.

Asustada, Daisy corrió a su vez hacia la locomotora y, justo cuando esta empezaba a moverse, saltó por delante de ella con Pat en brazos y cruzó la vía hacia el otro andén. Fue hacia el tren que estaba a punto de iniciar la marcha en dirección opuesta, pero, en lugar de subirse, se colocó bajo el último vagón, tendida en el suelo entre las vías. Oyó los pasos apresurados tras ella y vio a su perseguidor saltar y entrar en el vehículo. Enseguida, el tren se puso en marcha. Con la mano puesta en la cabeza de Pat, se cercioró de que no la levantara ni por un instante mientras el estruendo metálico lo llenaba todo. Con la otra mano, sujetó el guardapelo que llevaba siempre colgado de una cadenita corta, al cuello, y que sobresalía por encima de blusas y vestidos, casi como un camafeo. En el interior guardaba una foto de su madre y de su padre. Lo agarró con fuerza mientras los invocaba una y otra vez: «Por favor, mamá; por favor, papá, proteged a mi hijo». Tuvo muchísimo miedo, y, hasta que el sonido se alejó, no estuvo segura de haber hecho lo correcto. El niño lloraba y ella también lo hacía, quedamente. Pero se hizo el silencio y, tras abrir los ojos, Daisy soltó el guardapelo y sujetó a su hijo para ponerse en pie. Había sido arriesgado, pero su enemigo se alejaba. Dos hombres, cada uno en una dirección, subidos a dos trenes. Ninguno la encontraría de momento.

Se subió al andén y salió rápidamente de la estación a un cruce de caminos: tres caminos, tres posibilidades, y nada en el horizonte. Sin ningún motivo, tomó el de la izquierda y, a paso ligero, con Pat de la mano, anduvo entre la oscuridad y la niebla que matizaba la luna. No tenían frío porque no tenían tiempo ni de pensar que lo hacía. «Pobre niño», se dijo mirando a su hijo, que se había acostumbrado a no pertenecer a ningún sitio, a estar siempre huyendo y desconfiando. La desconfianza nunca había sido un buen material para crear nada, qué duda cabía, pero de momento no había otra opción, y en su éxito como madre estaría revertir aquella situación. Que todo lo malo que acarreaba su niño en sus primeros

años y en su misma sangre no impidiera que fuera una buena persona. Nada más. Nada menos.

No sabía a dónde iba; tan solo se alejaba del peligro, que no era poco. Sufría por su hijo más que por ella, y no podía evitar sentirse culpable por proporcionarle aquella vida y no otra. «Te lo compensaré», pensó mirando al pequeño, que estaba muy cerca de necesitar que lo volviera a llevar a cuestas. El camino se estrechó un poco y los arceles parecieron de pronto más cuidados, casi recortados.

Poco después, a ambos lados, dos grandes torreones acabados en pico marcaban la entrada a un recinto. En sus cumbres, dos grifos alados de piedra guardaban cada una de las construcciones, de estilo Tudor, con secciones hechas en ladrillo que Daisy, en la oscuridad, supuso rojo, y en piedra oscura, llena de moho y líquenes. A uno de ellos se abrazaba una densa enredadera. En la pared del otro, grabado en piedra blanca, quizá mármol, pudo leer: «Glenmore». Ninguna de las torres parecía destinada a nada más que a advertir que se entraba en una finca privada; no parecían habitadas. Siguió su camino, imaginando que aquellos formidables grifos giraban las cabezas para mirarla avanzar desde la altura. No tuvo miedo. Se había acostumbrado a temer mucho más el mundo real que el imaginario.

A partir de aquel punto, la naturaleza a los lados cambió un poco, y el horizonte se ensanchó, de forma que, incluso de noche y a la escasa luz de la luna, sus ojos pudieron ver mejor. Prados ondulantes salpicados de sombras oscuras proyectadas por árboles formidables, grupos de puntos blancos que supuso ovejas, y el camino, que ya no describía curvas, sino una recta perfecta y larga jalonada de grandes robles. Siguió andando. Llevaba tres horas desde que había saltado del tren y Pat dormía agarrado a su espalda cuando, con sus fuerzas agotándose, unas luces aparecieron al final del camino y, sin más ideas, aceleró algo el paso hacia ellas. Cruzó una cancela abierta, con barrotes acabados en punta y volutas aristocráticas, y, conforme se acercó, la bruma reveló la gran casa de campo que presidía el lugar. Era enorme, Daisy calculó que la fachada tendría por lo menos cien metros de largo, con dos pisos nobles con altas ventanas y un tercero inequívocamente destinado al servicio, con aberturas más pequeñas colocadas en orden justo antes de la balaustrada que coronaba la edificación.

No podía llamar a la puerta y arriesgarse a que no le dieran cobijo, pues la hospitalidad de las casas de campo hacia los que arribaban a sus puertas no seguía una norma común. Podrían haberse apiadado de ella o haberla llevado hasta la entrada de la finca para que se alejara de aquellas tierras lo antes posible.

Sin acercarse demasiado, giró y se adentró en el jardín formal que empezaba en uno de los lados del edificio, fácilmente reconocible por su arco de entrada pulcramente recortado en el seto. Sorteó varios parterres entre el rumor débil del agua de algunas fuentes y surtidores, que, como la casa, parecían dormir. Al final de una avenida de tejos con caprichosas formas, sus ojos reconocieron la sombra de una edificación. Se acercó. Era un templete cerrado, una habitación de jardín, un pequeño edificio redondo, con cúpula y rodeado de un porche. Entró por una puerta lateral y se alegró al comprobar que en el interior la temperatura aumentaba; también que la habitación estaba cómodamente amueblada, con un conjunto de tresillo y butacones de cojines mullidos. Sobre uno de ellos había una manta. Recostó a Pat y se pegó a él, tapándose. No podía pensar en nada que no fuera dormir y tampoco sabía mirar más allá de aquella noche. Jamás se había sentido tan cansada. Apenas había apoyado la cabeza en los cojines cuando se quedó profundamente dormida y sus sueños la devolvieron a la pesadilla acaecida años atrás.

1935, cuatro años antes

La señorita Headland era menos guapa de lo que se creía, pero vestía tan bien que el resultado era siempre óptimo. En cambio, ella, que era más guapa, vestía siempre con sencillez, de forma que quedaba claro que, pese a ir juntas, no eran amigas, y que Daisy era tan solo la doncella, aquella que en todo momento estaba presta a ayudar y servir a la señorita. En realidad, eran los señores Headland, los padres de Unity, los que la empleaban, pero su hija había demostrado necesitar siempre supervisión, y aunque Daisy no podía ni siquiera opinar sobre lo que aquella hacía, por lo menos intentaba que la seguridad de la joven no peligrara. Tenían una edad parecida, pero sus intereses y vidas eran opuestos.

En Londres, el nacionalsocialismo estaba en todas las conversaciones y las opiniones a favor y en contra eran frecuentes, pero Unity Headland había ido un paso más allá. O varios. Estaba completamente seducida por todo lo que tuviera que ver con Hitler y sus ideas, tanto que había alquilado un piso en Múnich para estar más cerca de aquel tremendo lío y la había llevado consigo.

La señorita sabía dónde se reunían los altos mandos del partido, así que empezó a frecuentar los mismos lugares. Cervecerías, restaurantes y clubes. Lugares que a Daisy la incomodaban y la hacían ruborizarse mientras Unity se emborrachaba y se dejaba magrear.

Al mes, muchos camisas pardas visitaban su apartamento con frecuencia. Él también. La señorita lo seducía, pero a veces, mientras se abrazaban, Daisy veía sus ojos azules clavarse en ella. Nunca nadie la había mirado así. Su mirada era tan extraña que resultaba a la vez atractiva, casi hipnótica. No era una mirada de amor, era de deseo. Deseo violento e impuesto, desprovisto de candor. Hablaba poco y se dejaba querer por los que lo veneraban. Unity se aproximaba a él de manera que no había duda de sus intenciones, pero el hombre la miraba a ella. A Daisy.

Una noche, cuando se apagaron las luces del salón finalmente y la señorita se había tambaleado hasta su dormitorio, escuchó la puerta de su habitación al abrirse. Luego alguien separó las sábanas y se metió junto a ella en la cama. Daisy no se movió. Tenía miedo. No sabía qué hacer. Él empezó a acariciarla apretándose a ella por la espalda, susurrándole palabras que no entendía. Muy pocas palabras, como siempre. El lenguaje de aquel ser eran los hechos. Deslizó las manos por debajo de su camisón. Daisy intentó resistirse, pero el hombre, sin ser demasiado fuerte, fue capaz de obligarla, de mantenerla apresada entre sus brazos. Su fuerza era su actitud, su magnetismo, sus palabras firmes. La paralizó. Su voz era dura y fuerte incluso al susurrar. Qué iba a hacer ella, una pobre campesina española frente a él. Nada. No hizo nada. Se dejó poseer aquella noche. Y luego dos noches más. La señorita no lo sospechó. No supo ver en ella el miedo, ni la desgracia, ni la vergüenza, porque jamás se había fijado verdaderamente en su doncella. Tres meses después el mundo se empezó a poner del revés,

justo a la vez que su vientre y su cuerpo dieron señales inequívocas de que algo crecía en su interior.

Daisy guardó el secreto celosamente mientras Unity justificaba el alejamiento del hombre del que estaba enamorada por el fragor del momento, por las heroicas gestas en las que estaba participando. A menudo hablaba de la celebración que esperaba, de cómo volverían a encontrarse cuando los cambios se asentaran, cuando todo se adaptara al nuevo orden. Jamás imaginó que su país pudiera entrar en guerra con Alemania, porque jamás pensó que todo lo que los nazis hacían pudiera estar mal o ser injusto de alguna manera. Era tan simple, tan caprichosa, y su mente estaba tan obnubilada que solo veía la gloria y el bien en aquello. Alemania era una nación superior, igual que Inglaterra, y por ello debía dominar el mundo con un imperio tan lustroso como el inglés. Hitler aún no había alargado sus garras hacia sus vecinos, pero todos los países que estaban cerca empezaban a sentir su aliento en la nuca.

Unity se sentía profundamente británica, pero a la vez deseaba un gobierno como el alemán para su país.

Serían dos grandes imperios amigos. Estaba segura.

Como en tantas otras cosas, se equivocó.

A final de 1934, Daisy estaba de seis meses cuando Unity finalmente tuvo dos minutos para mirarla y darse cuenta de que estaba embarazada. Coincidió con uno de sus frecuentes malos humores. El hombre al que deseaba no respondía a sus cartas, jamás llamaba ni se dejaba ver en el apartamento en el que hacía pocos meses había pasado tantas noches, lo que resultaba inexplicable para la señorita Headland, que estaba acostumbrada a que todo le viniera de cara. Iracunda, apartó con el brazo un jarrón, que se estrelló contra el suelo y se rompió en mil pedazos. Antes de volver la vista hacia su doncella, calló unos segundos.

—Tú... —dijo en voz baja—. Tú... —repitió mientras ordenaba su cabeza y enfocaba la mirada al vientre de Daisy—. ¡Tú estás embarazada!

Daisy bajó la cabeza avergonzada. Pese a haber tenido muchos meses para ponerse en situación, no supo cómo reaccionar.

—Sí, señorita. Lo estoy —confesó rendida.

—¿De quién es? ¿Con quién has yacido, vulgar ramera? —«Con el mismo hombre que usted», quiso decir Daisy, pero se lo guardó—. Te he preguntado de quién es —insistió Unity, acercándose a ella, señalándola con el índice—. ¡¿De quién es?! —repitió cogiéndola por los hombros para zarandearla—. ¡¡¡De quién es te digo!!! —Luego la soltó y se acercó a la mesa para coger otro jarrón que lanzó contra ella. Daisy permaneció callada—. Recoge todo esto —dijo Unity con la cara enrojecida por la ira—, me voy a la calle. Cuando vuelva, me dirás quién te ha preñado. Si no, espero que estés fuera de la casa. Daré las peores referencias de ti. No encontrarás trabajo nunca más.

—Señorita, yo... —empezó Daisy.

—Me dirás quién te ha preñado, golfa, ramera. Me dirás con quién te has lanzado al pecado y la ignominia. Me lo dirás. De lo contrario, no vuelvas a acercarte a mí. Me voy. Tienes media hora.

Unity Headland salió del piso con un portazo. Daisy sabía que no había nada peor que contarle a la señorita que el hombre del que estaba enamorada era el padre de su hijo.

No había opción.

Hizo la maleta y, desolada pero decidida, salió de la casa, de Múnich, de Alemania, y, cruzando el canal de la Mancha, a los tres días volvía, pobre, humillada, embarazada y triste, a Londres.

Se le dio mejor de lo que esperaba y la suerte, por una vez, estuvo de su lado. No conocía los bajos fondos de la ciudad, aquellos donde los parques aristocráticos y las grandes mansiones eran casi imposibles de imaginar. Había llegado desde España directamente a la cocina de la casa de los Headland, y desde allí había ascendido poco a poco hasta convertirse en doncella de la señorita Unity. Daisy era de esas personas fáciles de leer, por sus ojos bondadosos, sus palabras escasas pero acertadas, su meticulosidad, su inteligencia. También su físico era agradable. Se notaba que no le había faltado comida nunca y sabía en quién fijarse. Siempre había intentado rodearse de gente mejor que ella, gente que la animase a esforzarse y mejorar, que era exactamente lo que había hecho. Daisy lo tenía todo menos posición.

En Londres, o en Múnich, sus grandes ojos verdes, su pelo denso y oscuro, su piel sonrosada y su boca, grande, limpia y franca,

no fueron suficientes para ocultar el embarazo, ni para mejorar su honra, que estaba en entredicho. Madre soltera y pobre, pensó que acabaría en la calle; en cambio, el anciano señor Dumfries supo ver sus virtudes y la empleó en su pequeña floristería, que Daisy atendió a diario hasta dos días antes de dar a luz. Una semana después volvía a ponerse tras el mostrador, con la cuna de Pat bien cerca.

El niño creció fuerte como sus padres y educado como su madre, que supo encontrar la felicidad en aquella tienda humilde, cercana a su pequeña buhardilla, dos remansos de paz y pulcritud en una Europa que se acercaba a lo contrario. Nunca pensó que le prestarían atención. Había dado sus señas solo a dos personas: su madre, que cuidaba de su padre en la finca en la que trabajaba en España, y el ama de llaves de los Headland. Ella fue quien le remitió la carta que le había escrito Unity y, tan solo por la letra del sobre, picuda, iracunda, que casi rasgaba el papel, supo que no contenía nada bueno. Habían pasado cuatro años desde que la viera por última vez. Sus pocas palabras le cambiarían la vida.

Ramera, sé lo que hiciste y él lo sabe también. Te encontraré cuando él lo haga. No verás a tu hijo crecer más que en los periódicos. La traición se paga, la imprudencia también.

Justo lo que temía. Unity Headland había informado al padre de Pat de la existencia del pequeño. Sería él el que se lo arrebataste. El lobo no tenía más hijos, así que reclamaría al cachorro de Daisy. Sería él el que castigara su imprudencia al marcharse y, sin saberlo, también la traición a la señorita.

Esa misma noche, Daisy empezó a planear una nueva vida. Pero a la semana, los hechos se precipitaron. El 3 de septiembre de 1939 Inglaterra declaró la guerra a Alemania. Todos se asustaron, pero, con un fondo de culpabilidad, Daisy pensó que eso dificultaría que le arrebataran a Pat. Días después, aunque no había caído una sola bomba sobre Londres, los preparativos para hacer frente a aquella amenaza no cesaban en la calle cuando el señor Dumfries entró en la floristería con el periódico del día anterior.

—Todo es terrible, querida —dijo dejando el diario sobre el mostrador—. En absoluto pensé que volvería a vivir una guerra.

—Quizá se pueda hacer algo aún. El Gobierno... —opinó ella.

—No han hecho nada. Ese Chamberlain... Le han tomado el pelo. Churchill es el único que lo ha tenido claro.

Daisy no tenía ni idea de quién era Churchill.

—El nazismo, el fascismo, ha seducido a muchos ingleses también. Ahora abrirán los ojos. —El señor Dumfries abrió el periódico por la tercera página—. Como esta tonta..., una idiota de buena familia con espíritu nazi. Se pegó un tiro el día de la declaración de guerra en un parque en Múnich. —Daisy supo que se refería a Unity Headland. Cogió el periódico ansiosa—. La muy tonta no supo ni matarse. La tuvieron cinco días en el hospital y la bala sigue alojada en algún lugar de su cabeza. Probablemente no note ningún empeoramiento en su raciocinio. El caso es que ha despertado y ya viene hacia Londres. Por lo visto es nieta del marqués de Beaumont, él habrá movido los hilos. Es una pena que no la dejen allí.

—Sí que lo es —dijo Daisy sintiendo cada palabra. En la imagen se veía a la señorita Unity incorporada en una camilla muy grande que trasladaban a hombros varios enfermeros. Su mirada era la misma y su sonrisa parecía una advertencia hacia ella. Una amenaza.

—Ya ves, querida. Una tonta que no ha podido asumir que el enemigo es Alemania.

Daisy calló. Estaba segura de que las motivaciones para suicidarse de Unity eran más complejas. Era caprichosa y complicada, y reclamaba para sí un protagonismo que sin duda estaba obteniendo. Nada como un suicidio, o mejor, un suicidio fallido, para llamar la atención del alemán al que ansiaba. Si el hombre del que estaba enamorada la quería, la retendría junto a él, pero parecía que en lo único en lo que habían conseguido ponerse de acuerdo los ingleses y los germanos era en que aquella mujer volviera a su tierra natal.

Pasó todo el día con la cabeza en otra parte. Había pocos clientes. La voz de su hijo, que jugaba en la trastienda y canturreaba, era el único sonido en el interior del comercio con olor a jacintos. Nadie compra flores en la víspera de una guerra, aunque sea la manera más sencilla de embellecer la fealdad. Cuando lo verdaderamente feo empieza, lo bonito se vuelve transparente y el ojo pasa

por encima de lo que queda de él. Aquellos días no eran una excepción.

A las seis cerró la tienda y, con Pat de la mano, volvió a su buhardilla. Giró la esquina de la calle, desde la que se contemplaba el edificio de ladrillo visto y cuatro plantas en el que vivía. Fueron tan solo unos segundos, pero con total claridad vio la luz de su ventana apagarse. Alguien estaba en su casa. Una sombra cruzó tras la cortina. Supo que habían ido a por ella. Peor. A por Pat.

Sin dudarlo, aupó en brazos a su hijo y, corriendo, salió en dirección al autobús que enfilaba en ese momento la calle. A cincuenta metros, dos hombres corrieron tras ella. Media hora después, sin haber conseguido quitárselos de encima, había subido al tren.

Mucho más tarde, había acabado dormida en la casita de un jardín desconocido, en una casa desconocida, en un lugar imprevisto.